

# Cinco Maestros hablan de Carta a una Maestra

Como anuncia el título, son 5 los maestros que nos dan sus impresiones acerca de la obra *Carta a una maestra*. Se les formuló estas dos preguntas:

1.<sup>a</sup> Enumera las cosas que más te han impresionado en la lectura de *Carta a una maestra*.

2.<sup>a</sup> A la luz de *Carta a una maestra*, ¿qué innovaciones concretas piensas introducir en la escuela donde trabajas?

Aquí están sus respuestas, sinceras y chorreando vida.

Sr. Director de SINITE:

*Angelines —mi señora— y yo somos maestros en sendos grupos escolares nacionales, donde impartimos clase desde hace algo más de tres lustros. Hasta ahora ninguno de los dos habíamos oído nunca nada de la escuela de Barbiana, ni de su fundador, don Lorenzo Milani. Por ello —por ser nosotros maestros y por sernos del todo desconocida Carta a una maestra— la hemos leído con especial interés. Leyéndola nos hemos considerado destinatarios directos de tal misiva. Juntos hemos releído algunas de sus páginas; juntos hemos comentado algunos de sus puntos de mayor mordiente o que nos han parecido más discutibles; juntos también hemos hilvanado las ideas que dan lugar a esta comunicación y que yo redacto.*

MANUEL

Desde sus primeras páginas *Carta a una maestra* nos ha llegado muy dentro por su estilo directo, valiente, decidido, y a veces, incluso duro. Se palpa en todas sus páginas la vibración de una honda inquietud social, anticlasista, revolucionaria, polémica y contestataria. Nosotros nos hemos sentido muy dentro de la iluminadora penumbra de la escuela de Barbiana y nos hemos encontrado muy a gusto y confortados por el empeño renovador que la anima, por muchas de sus inquietudes más hondas, por muchas de las líneas de política educativa que la presiden. Dígase lo que quiera decirse por ahí, somos muchos los maestros nacionales que vivimos nuestra profesión por exigencia vocacional y tratando de responder a lo que entendemos hoy debe ser nuestra escuela, es decir, nuestra misión. Por ello nos parece que la mayor utilidad de *Carta a una maestra* se halla en su capacidad de estimular inquietudes; de convocarnos a la reflexión, al autoanálisis y al examen de lo que hacemos y de lo que somos. Las realizaciones concretas de la escuela de Barbiana creemos que sólo interesan en ese sentido.

Decididamente, nos gustan muchas cosas en *Carta a una maestra*; creemos que hay cosas muy buenas en la escuela de Barbiana: a algunas de ellas aludimos más adelante.

Sin embargo, ni Angelines ni yo podemos estar en total acuerdo —ni mucho menos— con los jóvenes discípulos de Milani tores de la obrita. Por un lado —por el que a nosotros llega directo— *Carta a una maestra* nos parece un alegato transido amargura, enconado a vías de cierto resentimiento, vindica y acerbamente irónico; por otro lado —por el que contempla directamente a nuestros niños—, nosotros no quisiéramos modo alguno que nuestra escuela se vaciara en su conjunto los moldes de la de Barbiana. Y puntualicemos ya desde al que nuestros alumnos no son precisamente los «hijos de pa como la gente dice, sino hijos de familias sencillas, de obr de la construcción, de trabajadores de las industrias y empr locales. Ya se sabe, generalmente las «familias pudientes» envían sus hijos a la escuela nacional; su condición social lleva a enviarlos a los colegios de pago. Por ello, grosso m nuestros alumnos son preferentemente de esas familias a q nes corrientemente se etiqueta con la frasecita de «los ec micamente débiles». Ciertamente hay también niños de mejo: tuación económica, cuya presencia en la escuela les resulta enriquecedora a ellos como a sus compañeros; pero tales n son los menos.

Vayamos por partes: *Carta a una maestra* nos parece, antes ninguna otra cosa, la denuncia vigorosa de un status o sist general injusto que afecta a nuestra sociedad y cuyas reso cias inciden tanto en la escuela privada como en la naci —una y otra no sólo expresión, sino también soporte de a sistema—; es decir, *Carta a una maestra* nos parece un vali alegato contra las diferencias sociales del mundo que vivin *Carta a una maestra* es también la denuncia de los desacie e incongruencias de los planes de estudio; de los contenido las asignaturas y de los programas; de los métodos y proc mientos didácticos; del verbalismo; de la enseñanza magiste y dogmaticista; del intelectualismo; de la política y teología dagógicas; de los exámenes; del calendario escolar; de las t laciones... Hallamos en sus páginas la brisa confortante de espíritu aperturista, tolerante, liberal y humano que nos agn enormemente. Hay también un cierto poso de religiosidad nos resulta altamente estimable.

Y *Carta a una maestra*, además, va más lejos: señala unas lí orientadoras que respaldan una praxis y unas realizaciones

cretas y válidas dentro del contexto concreto en que se hallan ubicadas.

Pero, aparte aquéllos y otros valores, no estamos de acuerdo, con *Carta a una maestra*. Nos resulta enconadamente hiriente, rechazable y mezquino el espíritu de resentimiento y amarga hostilidad que se esconde y se asoma en muchas de sus páginas. Porque *Carta a una maestra* nos parece, sobre todo, un gesto de venganza. En su último párrafo se nos dice textualmente y sin paliativos: «La segunda venganza es esta carta» (cfr. pp. 133 y 37). Sentimos no poderlo ver de otro modo.

Qué quiere Vd. Angelines y yo vamos cada día a nuestra escuela; queremos llevar a nuestros niños la ilusión de nuestra vida, gozosamente ilusionada por ellos, por su promoción humana, por su formación cultural, cívica y religiosa; por una andadura feliz para ellos en su presente y en su futuro de profesionales, de ciudadanos, de cristianos adultos, de excelentes patriotas, de hombres amantes de la vida.

Sinceramente, amamos a nuestros niños y por ello —no, no nos engañamos— ellos también nos aman. De esa forma, amándonos, nos parece que ellos van aprendiendo lo que más nos interesa enseñarles: amar. Y es claro que Angelines y yo no estamos solos ni somos excepción: aquí nos sería muy fácil hacer una larga lista de maestros y maestras que sienten como nosotros: nos bastaría con ir escribiendo casi todos los nombres de nuestros compañeros de nuestros respectivos grupos escolares y de otros grupos escolares nacionales y privados que conocemos.

Se nos dice en *Carta a una maestra*: «La mayoría de vuestros chicos odia la escuela» (cfr. pág. 27). No es cierto; se equivocan rotundamente. Que vengan a nuestras aulas, que nos visiten en las horas bulliciosas de trabajo y en la algarabía de los ratos de recreo. Porque nuestros niños —a diferencia, por lo visto, de los de Barbiana— tienen recreos y se entregan con júbilo al gozo del juego: el fútbol, la cuerda, «los tres navíos en la mar»... Que vengan y verán que tampoco es cierto que nosotros hemos «presentado la escuela como un mal», como ellos dicen (cfr. pág. 67). El trabajo de nuestros niños, sus recreos, su plegaria, la convivencia de unos con otros, los valores espirituales y humanos que tratamos en inculcarles... todo eso es su escuela y ellos lo aman.

Nos da un poco de pena no poder dejar de palpar en *Carta a maestra* y junto a valores e inquietudes magníficas, ese poseo amargura, ese afán enconado por la «lucha de clases» (cfr. p. 65). No hace falta comentarlo: nuestro Manjón, o Calasanz o Salle fueron mucho más osados como revolucionarios sociales, mucho más geniales e innovadores como pedagogos y, sin embargo, no transmitieron a sus discípulos esos resentimientos animan a los de Milani. Y es que Manjón, Calasanz y La Salle sólo fueron a la escuela impulsados por el amor. No, decididamente no nos gusta ese espíritu de desquite que aletea en *Carta a una maestra*.

Tampoco hace falta comentarlo: en nuestra salita, sobre repisa, hemos tenido, desde siempre, para recordarla con conciencia, esa hermosa oración de aquella alma grande de poeta y educadora que fue Gabriela Mistral. No hace falta comentar es otra cosa, es otra bien distinta «carta a una maestra».

En fin, terminemos: *Carta a una maestra* acaba expresando esperanza de una respuesta. Nosotros también quisiéramos *Carta a una maestra* tuviera una respuesta: pero muy distinta de la que sus jóvenes autores han prefabricado e incluido en la última página no sin sardónica ironía. Si estas líneas que preceden, aportan alguna idea para aquella respuesta, nos sentiremos satisfechos de haberlas redactado.

## 2.

Hace un par de años había leído EL MAESTRO DE BARBIANA Y CARTA A UNA MAESTRA. Entonces fue el juicio crítico el que me impulsó a leer; ahora es la pregunta personal la que me mueve. Por eso he procurado entrar en las páginas con el espíritu en blanco y la sensibilidad a flor de piel; por eso aquí van expresas en primer lugar las impresiones y luego las implicaciones personales.

### 1. Impresiones:

Sin querer sacar las cosas de quicio ni dar al libro más extensión que la que tiene, he percibido en él a ocho jóvenes que han vivido en su etapa de educación una experiencia liberadora. Desde esa su experiencia los criterios y enfoques de la educación cambian. Ellos proceden de modo distinto a los amigos de la vieja cultura: primero viven la praxis, luego hacen —a su modo— una teoría. En el fondo creo que una auténtica teoría de la Educación: democratizadora, socializante, personal, des-domesticadora.

Ciertamente que a veces su lenguaje sufre algunas fijaciones en detalles concretos como son los «suspensos», los «repetidores», etc., pero este lenguaje se me antoja simbólico, ya que tras la concreción hay toda una crítica de viejos sistemas, de falsas seguridades de maestros distintos a don Milani, a quien añoran. Esas concreciones son las luces de gálibo que detectan males endémicos de una Escuela en la que cuentan solamente los resultados, los programas, la promoción, la preparación del hombre para el incremento del producto nacional bruto.

Me admira su gran libertad de expresión; no precisamente por las cosas que dicen, sino porque esa libertad no deja el regusto de algo improvisado sino que se ve hija de una Educación previa. En algún momento me ha sabido a resentimiento; pero enseguida he comulgado con ese «resentimiento» en cuanto tiene de denuncia de la desigualdad, del clasismo y servilismo de la Escuela, y bajo este aspecto se convierte más en enunciado profético que en angustia de posibilidades frustradas.

Y todo ello porque esos autores aprendieron en Barbiana que lo importante es la persona en sí misma, se llame Pierino o Gianni;

la persona en su sagrada realidad, no en lo que tiene de clasificable o tipificable bajo baremos absurdos y selectivos: listo-pobre, rico-pobre, etc. Aprendieron para siempre que la Escuela compone de personas, que la Escuela ES personas y éstas barricadas que las distancien. Entre don Milani y el alumno embarrado no existía barricada; ambos aparecían en la autenticidad de su amor y de su persona. Por eso los temas no tenían armarios donde cerrarse; lo social y lo religioso se mezclaban en la libertad de expresión; la crítica era la primera capacidad de sus espíritus; el ser Maestros era privilegio de todos que todos tenían algo que enseñar y había alguien a quien decirlo.

Y en medio de este mundo de praxis pedagógica, hay una reserva reservada a quien vaya buscando con lupa enfoques cristianos de la Escuela. La sorpresa es una o dos páginas en que el Evangelio aparece como resultado y fruto natural y duro. No surge como resultado de una instrucción religiosa o de la catequesis sistemática, sino como algo que a fuerza de pensar y sentir la vida se encuentra en respuesta a los interrogantes que ella plantea. Naturalmente, como en Barbiana, han de estar los interrogantes, de lo contrario no puede haber respuestas menos que sea «de libro».

## 2. Implicaciones personales

Me pregunto con sinceridad: ¿tiene algo que ver don Milani con la escuela conmigo? ¿Es posible que yo —y tú, Educador— cambie mi acción educativa en otra Escuela de Barbiana, a cualquier nivel?

Reconozco que en todo sistema educativo ha de haber un mínimo de estructura. Pero esa palabra quiere decir en la práctica muy poco: solamente —y nada menos— unos objetivos claros y aceptados profundamente por el Educador; y al mismo tiempo una posibilidad de que éste pueda realizar su rol en un amplio margen de creatividad. A partir de aquí me afirmo a mí misma esa posibilidad, a pesar de que dentro de una macroestructura colegial parezca algo raro: «Es mejor pasar por loco que por instrumento de racismo» (p. 23); es mejor pasar por creador que por esclavo de un sistema.

Pero claro —y sigo la corriente de los autores del libro— y

ello hay que cambiar la sartén (la Escuela): hacerla sin mango: ¿que quema?, pues a coger entre todos; ¿que está fría?, pues a poner todos un poco de calor. Pero sin el privilegio de «tenerla por el mango». No nos vaya a ocurrir que por sentirnos últimos responsables del acto educativo hagamos de él un sistema de domesticación. ¿No suena algo así el plantón de los Inspectores de E. G. B. en la primavera de 1975?: «...declinamos la responsabilidad —dijeron— que se nos podría imputar en el fracaso de la calidad educativa en la E. G. B.». ¿O el centralismo de nuestra legislación y sus múltiples innovaciones de 1970 y 71 sin que los Maestros hubieran podido asimilar ninguna de ellas? La Política educativa es fundamental, pero lo es más todo el proceso de personalización que requiere el Maestro, el Alumno, la «Escuela a la medida» y la misma Política educativa hecha para alumnos concretos y no servidora de bastardos intereses. El triunfo o fracaso de la educación —de mi educación— puede estar regulado por la legislación, pero yo soy el responsable último de ese éxito o fracaso:

«El Maestro da al chico lo que cree, ama, espera. Al crecer el chico añade algo más y así la humanidad avanza» (p. 109).

Esta convicción es la que anima la escuela de Barbiana. Ciertamente que a su impulso surgen cuestiones de especial gravedad: ¿Cómo llegar a una escuela no clasista? ¿A una escuela cristiana? ¿Democrática en su doble sentido de socializante y participativa? La respuesta está en gran parte en la Política educativa, pero en gran parte dentro de la misma Escuela. Preguntémoslo si no: ¿A qué edad nuestros alumnos ponen en su boca —y con libertad— palabras como «lucha de clases», «justicia social», «democracia»... implicando su vida en posturas críticas personales? Y yo, como educador, ¿hasta qué punto obedezco a esa necesidad de conciencia social de los alumnos, o al prejuicio cauteloso de... «el amo no lo quiere»? (Cfr. p. 68).

En la Escuela, el Educador y los Educandos hemos de saber claramente nuestro fin; eso ayuda a todos a vivir desde dentro el triunfo de la escuela; a dar un amor «generoso» —hasta célibe, como piensan que ha de ser el amor educativo los autores de la CARTA— si esto se hace como opción de ese amor. Y ésta es la llamada que he sentido de los montañeses del Vicchio.

Además nuestro común compromiso lo es con la vida, con nuestra sociedad, para hacerla más semejante a una comunidad hu-

mana en la que no caben las clasificaciones ni siquiera las milias de espíritus», como diría F. Mauriac.

Para mí esta CARTA ha tenido más fuerza que otros trat de pedagogía; he oído la voz de muchos alumnos que he te y tendré; y en su lenguaje natural y en su fuerza campera m llamado a definitivas fidelidades a mi vocación de Educa sobre todo cuando me ha dicho:

«Muévete, campesino, que crece la hierba» (p. 89).

JOSÉ M.<sup>a</sup> MARTÍNEZ

### 3.

¿Lo qué más nos ha gustado? Pues TODO. Empezamos a subrayarlo y era de risa, peor que nuestros alumnos de E.G.B. el primer día que les mandamos subrayar un texto. Nos parecía un deber el subrayar todas las páginas, todas las frases, y palabra por palabra, porque, de verdad, no tiene desperdicio.

Para nosotros sería más fácil dialogar en grupo que resumir por escrito, pero, en fin, aunque no hemos pasado por la escuela de Barbiana y sí por la de Magisterio y sobre todo por la vida, trataremos de hacer lo mejor posible.

Sin perder de vista el detalle de que Lorenzo Milani es un cura «desterrado», *Carta a una maestra* nos ha parecido un libro formidable, sencillo, lleno de vida y lleno de lo que es de verdad pedagogía. Estos chicos —redactores del libro junto con don Milani— son su mejor testimonio.

Nos ha encantado el mensaje que lleva de PAZ, SINCERIDAD, JUSTICIA, AMOR, ESPERANZA, ENTREGA, FRATERNIDAD, IGUALDAD, VALORACION Y ACEPTACION DE LA PERSONA, Y RENOVACION DE LA ENSEÑANZA, no sólo en el aspecto de didáctica de los conocimientos, sino en el de formación de la persona como parte de la sociedad «sin clases sociales».

En el conjunto del libro la idea más importante para nosotros es esa renovación del sistema educativo, respondiendo al concepto de persona al que aspiran sus autores, una persona valorada y respetada tal cual es, sin dobleces ni engaños, que no está obsesionada por ocupar puestos ni por acaparar títulos, sino por desarrollar todas su capacidades para ponerlas al servicio de los demás y sin pretender ser más que nadie, viendo que de esta actitud depende la renovación de la sociedad.

Son muy realistas cuando dicen que no se puede esperar un cambio de la sociedad por la simple transformación de la enseñanza. Para cambiar un sistema socio-político harán falta otras muchas fuerzas. Lo que sí es cierto, y lo demuestran claramente, es su afirmación de que la actual pedagogía ha sido engendrada por el sistema socio-político imperante y para ese sistema. Ante todo esto nos rebelamos junto con ellos.

Realmente es triste que las escuelas de hoy no sean escuelas para la vida. Las fábricas resultan ser en realidad las únicas es-

cuelas de la vida. Nuestro sistema de aprobados y suspensos va de acuerdo con la madurez de la persona: «Nos dice que a los 18 años Pierino es menos equilibrado que él a los 12, a pesar que Pierino aprueba y él suspende».

La mayoría de esta gente que aprueba —la menos madura es la que luego consigue una licenciatura y son los que llegar a ocupar los puestos importantes y decisivos de la sociedad. El malo es que llegan a esos puestos sin haber luchado por los problemas de sus compañeros de clase, probablemente sin haber enterado, sin tener la menor idea de que la escuela obligatoria perdía cada año miles de compañeros suyos. Pues bien, estas mismas personas, cuando ya ocupen esos grandes puestos a las que aspiraban, serán las que hagan proyectos y las que den soluciones y reformas para esos miles de niños que ni siquiera conocieron en los días en que estudiaban juntos. Y es que los «Pierinos» quedan señalados con el signo de la clase privilegiada. Mientras tanto las clases débiles siguen recibiendo soluciones para seguir en su clase. No les hemos dado preparación para que estén representados en el parlamento, cortes, etc., a la hora de estudiar y decidir algo para ellos. Todo lo más les hemos dado un certificado de escolaridad, el cual lleva implícito su incapacidad para los estudios y con el cual les hemos mandado, más o menos tranquilamente, pero les hemos mandado a la fábrica o al campo. En todos los alimentos que comemos se encuentran un poco de su sudor analfabeto...

Y éstos están en nuestras clases y en nuestras manos. En la escuela de Barbiana ninguno era considerado inepto para los estudios y cada niño era él —con su nombre y sus apellidos, con su forma de ser, sus problemas, su familia, sus responsabilidades, su aportación a los demás y su necesidad de los demás. Cada niño era una persona importante en la comunidad escolar. Y aquí, en este fregado fenomenal, estamos metidos de lleno nosotros, con «Pierinos» y «Giannis», en clase de 40 chicos... aprobando y suspendiendo como la maestra a la que se dirigía la carta, haciendo horas extraordinarias diurnas y nocturnas «sin cobrar», con ganas y necesidad de hacer una escuela que sea vida y sirva para la vida, con ganas de luchar por un mejor sistema educativo, de mayor justicia social, sin clasismos, sin envidia de la escuela de Barbiana...

¿Pero qué podemos hacer? Aquí viene la segunda pregunta.

Bueno, lo que se nos ocurre ante todo es que tenemos que empezar a formar grupos de personas (maestros, padres, etc.), personas relacionadas e interesadas de alguna forma por este tema de la educación y empezar a trabajar en esta línea.

Sería ideal poder plantear este tema a nivel de colegio..., pero es difícil.

De momento habrá que contentarse con empezar a moverse en el nivel individual, cada uno en su clase, como por ejemplo:

- Tener una atención especial con los más necesitados.
- Organizar la clase de forma que todos aprendamos.
- Dar valor a aquellos conocimientos que realmente tienen importancia para la vida.
- Ir formando un sentido de comunidad en la clase, ingeniándonoselas para que haya conocimiento entre todos, comprensión y ayuda.

La obra que empezó Lorenzo Milani queriendo construir una humanidad nueva no es sino la continuación de la que inició Otro hace 1976 años y en la que, si nos queremos seguir llamando cristianos, tenemos que engancharnos de LLENO y con URGENCIA.

MERCHE y CARLOS